

Unas granadas de plata,
Y de seda verde y oro
Flores en medio esmaltadas.
Leonados son los bonetes
Que en las cabezas llevaban
Con muchas bandas de oro
Entre botones sembradas,
Los favores de quien sirven
Ceñidos á la garganta.
Azules son los pendones,
Que llevaban en las lanzas,
Con un dios Cupido en ellos
Puesto con arco y aljaba.
Llevaban mangas de red
Sobre una tela encarnada,
Y de trecho á trecho puesta
Una ninfa coronada.
Los caballos eran blancos
Y con bozales de plata,
Y de turquesado y oro
Las sillas aderezadas,
Y con bandas amarillas
Por cima de las adargas:
Borceguies marroquies
Y espuelas sobredoradas;
Y con esta gallardía
Salen do los esperaban
Todas las moras hermosas
Que habia dentro en Granada.
Entre todas florecia
Aquella hermosa Axa
Por quien andaba perdido
El enamorado Abdalla,
Y otro muy gallardo moro
Que el Alatar se llamaba.
Entrambos salieron juntos
Para principio á la entrada,
En dos briosos caballos,
Y escaramuza trababan,
Mostrando allí su destreza
Cada cual donde llegaba.
Y andando escaramuzando
Al enamorado Abdalla
Vió el Alatar una toca
Que él dió á la hermosa Axa,
Y que Abdalla la traía
Por empresa al brazo atada.
Tanto dolor siente el moro,
Que el alma se le arrancaba,
Y andando escaramuzando
D'esta manera le habla:
—; Quién te ha dado, caballero,
Esa empresa de mi dama?
No te la debió dar ella
Sino alguna de su casa,
Porque tú no merecias
De su mano granjealla.
Si dárme la quisieras
Tu muerte no se excusaba.—
Respondióle á estas razones
El enamorado Abdalla:
— No alborotemos la fiesta,
Pues está ya comenzada,
Que yo os la pondré despues
En la punta de la lanza,
Y si de allí la quitais,
Yo la doy por bien ganada;
Que nunca definiendo menos
Las empresas de mi dama.—
Quedaron con este acuerdo,
Y así la fiesta acabada,
Parten adonde comienzan
Una reñida batalla,
Y porque faltaba el día
Tal resolución tomaban,
Que adelante no pasase
La contienda comenzada,
Si no que la mora diga
A cuál de entrambos mas ama:

La cual dijo que queria
Ser siempre del moro Abdalla,
Y así quedó esta contienda
Por entónces acabada.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*)

⁴ Hé aquí uno de los romances moriscos de imitación secundaria y exagerada, que provocaron los burlescos de su clase, y que han dado lugar á creer á algunos críticos, que son todos de un género puramente ideal, negando absolutamente el influjo de las costumbres orientales sobre esta clase de composiciones. Yo creo sin embargo que hay muchos que participan del espíritu y poesía árabe, y de los vestigios de las costumbres é idealidad que los moros nos dejaron, según he dicho en el prólogo del Romancero.

ROMANCES DEL ESPAÑOL DE ORAN.

234.

EL ESPAÑOL DE ORAN.—I⁴.

(De Don Luis de Góngora.)

Servia en Oran al Rey
Un español con dos lanzas
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Cuando tocaron al arma.
Trecientos cenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas;
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas;
Las atalayas los fuegos;
Los fuegos á las campanas,
Y ellas al enamorado
Que, en los brazos de su dama,
Oyó el militar estruendo
De las campanas y cajas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para:
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejarla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
—Salid al campo, señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será también
Sin vos, campo de batalla.
Vestios, salid apriesa,
Que el general os aguarda,
Y os hago á vos mucha sobra,
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho,
Y no habeis menester armas.—
Viendo el español brioso
Cuánto le detiene y habla,
Le dice así:—Mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla, y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato, en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.—

(GÓNGORA, *Obras de.*)

⁴ Del asunto de este y los siguientes romances hizo CUBILLO su comedia intitulada *Entre los sueltos caballos*, y BARRIO la suya con título de *El Español de Oran*.

235.

EL ESPAÑOL DE ORAN.—II.

(Anónimo.)

De pechos en la ventana
Y los ojos en la calle
Mira la bella africana
Por donde su español sale,
Y aun que desnuda en camisa
No teme ofensas del aire,
Qu'está vestida de amor
Con invencibles señales.
Hace plaza de sus pechos,
Y hacer tal plaza le place,
Pues la plaza de sus ojos
La lleva do la desplace.
Con la luna divisaba
Entre muchos á su amante,
Que antes de salir con órden
Hacen entre ellos alarde:
Y perdiéndole de vista
Sacó el cuello por miralle,
El cual rindiendo al amor
Hizo entre ellos vasallaje.
Diciendo:—Luz de mis ojos,
¿Dónde te llevan? ¿do sales?
Que en salir de mi presencia
Marte de su quicio sale.
No pudo ser si soborno
El que movió á los Alarbes
Venir en tan dulce noche;
¿Mas no hay dulce que no amargue!
No me temo que me dejes,
Mas temo de algun desastre,
Que al fin desastrada suerte
Acontece en casos tales.
Vestisteste armas de acero,
Gola, peto, espada y guante,
Adarga, lanza y caballo,
Almete, cinta y plumaje,
Espada y daga dorada
Con borcegui y acicate,
Sin cuello, venda ni liga,
Que es adorno de galanes.
Si estando al amor sujeto
No pagas lo que firmaste,
¿Cómo sin firma á la guerra
Pagas sin ejecutarle?
No te llamó el general,
Mas tú vas ántes que llame,
Porque aquel es buen soldado
El que acude sin llamarle.
Si tan bien corres ginetes
Como corrida dejaste
A quien corrida de tantos
Tú, sin correr alcanzaste;
Si tanto sientes mi ausencia
Como sentiste el son grave,
El cual fué causa, mi bien,
Que te fuistey me dejaste,
No dudo de verte libre
Y con victorioso lance,
Aunque en batalla de amor
Te hayas mostrado cobarde.—
Con esto pasó la noche
Y ántes que Febo asomase
Se volvió la gente á Oran,
Y ella olvidó los pesares.

(Romancero general.)

236.

EL ESPAÑOL DE ORAN.—III.

(De Don Luis de Góngora⁴.)

Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes
Que por el campo buscaban

Entre lo rojo, lo verde,
Aquel español de Oran,
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á él,
Y á un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado
Capitan de cien cenetes.
En el lijero caballo
Suben ambos, y él parece,
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos le mueven.
Triste camina el alarbe,
Y lo mas bajo que puede
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
De ver, cada vez que vuelve,
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
Sin excusarse obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte.
—Valiente eres, capitan,
Y cortes como valiente;
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta,
Por quien soy, y por quien eres.
Yo nací en Gelves, el año
Que os perdisteis en los Gelves,
De una berberisca noble
Y de un turco matasieta.
En Tremecen me crié
Con mi madre y mis parientes.
Despues que murió mi padre,
Corsario de tres bajeles,
Junto á mi casa vivía,
Porque mas cerca muriese,
Una dama del linaje
De los nobles Melioneses,
Extremo de las hermosas,
Cuando no de las crueles;
Hija al fin destas arenas
Engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura
Que se hallarán claveles
Mas ciertos en sus dos labios,
Que en los dos floridos meses.
Cada vez que la miraba
Salía el sol por su frente
De tantos rayos vestido
Cuantos cabellos contiene.
Mas ya la razon sujeta
Con palabras me requiere
Que su crueldad le perdona
Y de su beldad me acuerde.
Juntos así nos criamos,
Y amor en nuestras niñeces
Hirió en nuestros corazones
Con arpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Mientras el plomo en las suyas
Libertades y desdenes.
Esta, español, es la causa
Que á llanto pudo moverme:
Mira si es razon, que llore
Tantos males juntamente!—
Conmovido el capitan
De las lágrimas que vierte,

Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
—; Gallardo moro, le dice,
Si adoras como refieres,
Y si como dices amas
Dichosamente padeces!
¿Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
Si eres del amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por robo
Lo que entendi que era suerte.
Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas,
Ni las granas mas alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que cuando la veas,
Pido que de mí te acuerdes.
Apeóse del caballo,
Y el moro tras él descende,
Y por el suelo postrado
La boca á sus piés ofrece.
—Vivas mil años, le dice,
Noble capitán valiente,
Que ganas mas en librarme
Que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo,
Y te dé victoria siempre,
Para que extiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.
Apénas vide trocada
La dureza desta sierpe,
Cuando tú me cautivaste.
; Mira si es bien que lamente! —

(Góscora Obras de.—lt. Primavera y flor
de Romances.—lt. Romances varios de di-
versos autores.)

⁴ El asunto de este lindísimo romance es casi el mismo del
que se trata en los de Abindarraez y Narvaez.

ROMANCE DE AYALA.

237.

AYALA EN UN JUEGO DE CAÑAS.

(Anónimo.)

El sol la guirnalda bella
Del mas cristalino aljófara
Alumbra al medio curso,
Al mar y tierra redonda,
Cuando en la plaza de Túnez,
Cuyos balcones adornan
Mil soles claros de Oriente,
Del amor flechas hermosas,
Delante el gran Alfaquí
Nieto del de la Corona,
Que las columnas de Alcides
Puso con esfuerzo y honra,
Entra brioso y galán
A la morisma española,
Rindaro, señor de Colcos,
Con atabales y trompas,
Encubierta la yegua
De tela amarilla y roja,
Desde el copete esparcida
Hasta la enrizada cola:
Viene á mantener sortija
Celebrando la victoria
Del rey Félix de Granada,
Gran defensor de Mahoma.
Siguen los aventureros
Ufanos la plaza toda,

Llenos de rubies y perlas
Y de ámbar labradas pomas.
El mayorazgo de Ayala
Entra con ornato y pompa,
Silla con arzon de plata,
Y á los fines bellas borlas.
De negro y blanco se viste,
Porque la ingrata que adora
Dejó en blanco su ventura,
Y así negra se la torna:
De los Avalos Jarife,
Almoradifes de Ronda,
Sale un gallardo mancebo
Con quien el sol era sombra;
Morada y verde librea,
El color de sus congojas,
Porque le tienen morado
Golpes de esperanzas locas:
Un Baxá sale de azul,
Llena de espejos la ropa,
Y por mote: «Sol y espejo
»De amor y penas celosas.»
De hojas de yedra un salvaje,
Por ser su dama leona
Hojas de esperanzas leves
Que el aire marchita y doma.
Un pobre Aliatar ilustre,
Vestido de holanda tosca,
Sale á correr bien corrido
De las faltas que le sobran;
La letra dice: «Quien tiene
»Mucha sangre y plata poca,
»Salga de lienzo á las justas,
»Porque amortajan su gloria.»
Bravonel sale de verde,
Rico alquicel y marlota,
Con unas eses de plata,
Y esta empresa de su historia:
Una esperanza rendida
Como del viento las hojas,
Y una fe que lo sustenta,
Y por letra: «Firme, y sola.»
Los Zaides van de tela
De color de la amapola,
Sembradas mil esmeraldas
Por los bonetes y tocas:
Delante un negro Cupido
Con flechas de oro vistosas,
Y el mote: «Tesoro ofrece,
»Y en negro carbon se torna.»
Dos capitanes que al viento
Sus banderas enarbolan,
Sacan blancas tunicelas,
Y á trechos de oro unas rocas:
La castidad significan,
Que flores produce y corta,
Y la letra: «Teñiréla
»Con sangre que cruz adorna.»
Bizarros pasan la Tela,
Colgados preciosos y argolla;
Ya dan licencia los jueces,
Y al correr dulzainas tocan.
Parten Rindaro y Baxá,
Mas el moro el precio goza
Ofreciéndole á su madre
La bella Celaura mora.
Con el Jarife asegunda,
Y tambien lleva la joya;
Mas fortuna rebatida
La suerte y hados soborna,
Que de Ayala el mayorazgo
Galan el premio le toma,
Dándole á la bella ingrata,
Que con alma y vida honra.
Celina, que el moro sirve,
Dice del cruel, celosa:
—Ayala, tú me mataste.—
Ayala en el eco nombra.
Lléva un capitán sortija,

Y el pobre Aliatar llevóla;
Los Zaides corren iguales,
El salvaje un lado toca,
Bravonel la yegua pica,
Y su ventura malogra,
Y viniendo de la carrera
A quien dice, y así llora;
—Pues le pesa á mi cruel
De que en su servicio corra,
Yo no me espanto que huya,
Que aun tú ves que es firme onza:
No son fiestas para tristes,
Mi fe me sale engañosa,
Mas no es mucho, si amo á quien
Los animales asombra.—
Invenciones entran nuevas,
Corre Pindaro con todas,
Ganadas al fin por lances,
Precios y pechos de moras.
La noche da fin al juego,
Las lanzas ligeras tronchan;
Que no hay fiesta que no acabe,
Y sin azar, es dichosa.

(Romancero general.)

ROMANCE DEL ALCAIDE DE FLORENCIA.

238.

EL ALCAIDE DE FLORENCIA.

(Anónimo.)

El Alcaide de Florencia,
Sucesor de sus murallas,
En la plaza de Madrid
Alegre juega las cañas,
Con marlota y capellar
Conforme á la nueva usanza,
Todo cuajado con emes,
Divisa que al mundo espanta,
Cuyos sentidos preciosos,
Como sentidos en plaza,
Cada cual acomodó
Dando diferentes trazas.
Unos dicen que la M
Puso sobre blanca estampa,
Porque lo blanco en la muerte
Es donde mas se señala:
Otros que letra de piernas
Sacó, porque ha visto tantas,
Que para echarlas de sí
Fué necesario jugarlas.
Otros dicen, que medroso
De que la fortuna escasa
Le ha de dar algun disgusto,
Del miedo puso las armas.
Otros que por las mentiras
Que se dicen entre damas,
Con M significó
De sus marañas la causa.
Cada cual conforme al juicio
De su bucca calabaza,
Interpretó la divisa
Segun lo que se le alcanza.
Una lanza sacó al hombro,
Banderilla negra y blanca,
Un alfanje cortador,
La cuchilla corta y ancha,
En un caballo lijero,
Larga crin y cola larga,
Saltador, de paso altivo,
Que apénas los piés estampa.
A la señal de clarines,
Y de trompetas y cajas,
Repite el eco gracioso,
Al volver de las espaldas:
»Adarga, adarga, adarga,
»Encubre la cabeza, el paso alarga.»

Trabóse la escaramuza,
La mas graciosa y gallarda
Que se pudo imaginar,
Rompiendo el aire las cañas;
Y acabada por un rato,
Cercada toda la plaza,
Dos á dos y tres á tres
Corren con parejas lanzas.
Al toril abren la puerta,
Y cada cual se prepara,
Unos de cortos rejonos,
Y otros vuelven las espaldas.
Peró el Alcaide famoso,
A quien la fortuna aguarda
Con corona de laurel
Para engrandecer su fama,
A vista del gran Senado
Su altivo caballo pára.
Un toro sale furioso
La cola toda enroscada,
Como si solo saliera
Para semejante hazaña;
Hacia el caballo arremete
Que le espera cara á cara.
Jugando el corto rejon
Su dueño el brazo levanta,
Y al bajarle, la soberbia
Del furioso toro baja.
Tendido quedó en el suelo
Midiendo la arena blanca,
Y con grande regocijo
A gritos canta la Fama,
Que la cifra de las emes
Es del que montes abaja,
Y del que tiemblan los moros,
Y el que fuertes toros mata.

(Romancero general.)

ROMANCE DEL TORNEO.

239.

EL TORNEO.

(Anónimo.)

El encumbrado Albaicín,
Junto con el Alcazaba,
Dos horas ántes del día
Tocaron al alborada;
Vivaconlud le responde
Con clarines y dulzainas,
Y el noble Vivataubin
Con pífanos y con cajas.
Luego las torres bermejas
Generalife y la Alhambra,
Solemnizando la fiesta
Alzaron sus luminarias.
Gomeles y Sarracinos,
Tarfes, Chapices y Mazas,
Portavises y Vanegas,
Aliatares y Ferraras,
Adalifes y Bordaiques,
Abencerrajes y Audallas;
Azarques con los Alferves
Madrugaron á la zambra,
Que la ordenó Reduan
Con Muza su camarada,
Para allanar el destierro
De Abenzulema el de Baza.
Iba Reduan delante
En una yegua alazana,
Vestido de verde oscuro
Con un almaizar por banda;
Con plumas de tres colores,
Una esfera en la medalla,
Y en medio de ella esta cifra:
«Mucho mas mi empresa es alta.»
Luego tras este seguía
Muza, en una yegua baya,

De amarillo y naranjado
Con una toca encarnada :
Por divisa un corazon
Que le atraviesa una espada,
Y en el pomo aqueste mote
« Mas crueldad usó Daraja.
Bravonel iba vestido
De azul y franjas moradas,
Con una luna menguante
Encima una toca blanca ;
Y con la délfica luz
Del sol , encubre su cara,
Y al rededor esta letra :
« Sin luz mengua mi esperanza. »
Azarque , que de la guerra
Vino , quiso entrar con armas,
Las cuales trajo del mar
Con el agua deslustradas.
Lleva en medio del escudo
Colores diferenciadas,
Y en la orla aqueste mote :
« Diferentes son mis ansias. »
Salió Celino y Muley,
Galbano y el fuerte Audalla,
Vestidos de una color
En cuatro hacaneas blancas :
Estos , porque sus amigos
Quedaban en la Alpujarra,
Entraron de una librea
Y con mochilas colgadas ;
Albornoces colorados
Con guarda-soles de plata,
Y todos aquesta letra :
« A la vuelta nos aguardan. »
Luego tras estos venían
Por el Zacatin las damas,
Que con el son de las trompas
Sintieron ser avisadas.
Reduan que via el tropel
Manda parar miéntras pasan,
Que no es razon que mujeres
Yayan en la retaguarda.
La primera del paseo
Era la hermosa Daraja,
Que pues es por su respeto,
Es bien que sea capitana,
Vestida de raso blanco
Y la mano levantada,
Con que el rubicundo rostro
Tapaba con una manga :
Una toca de telilla
Y el cabello en las espaldas,
Y un collar ante sus pechos
Que á un carbunco la luz tapa :
Adornó la bella frente
Con una bella esmeralda,
Y en medio de ella esta cifra :
« Yo la culpa y tú la causa. »
Luego tras ella briosa
Llegó la bella Zoraida,
Los ojos en Reduan
Y en Abennumeya el alma,
Vestida de verde oscuro
Con rapacejos y franjas,
Y en una franja este mote :
« Mas juicio y ménos gracias. »
Llegó Fátima y Celinda,
Sarracina y Celindaja,
Xarifa y Zaida , Zulema,
Adalifa y Albenzaida,
Todas con moradas tocas
Y almalafas plateadas,
Y en los verdes almaizares
Dice un mote : « El color basta. »
Así llegaron por orden
A la fuerza del Alhambra,
Donde fuéron recibidas
De la reina Guadalará.

(Romancero general.)

ROMANCES DEL JUEGO DE CAÑAS.

240.

JUEGO DE CAÑAS. — I.

(Anónimo.)

Suspensos estaban todos
Colgados de una esperanza,
Que de la fiesta promete
La diversidad de galas.
Nadie en la plaza se mueve,
Con estar toda la plaza
Llena de bizarros moros,
Y de damas las ventanas.
Esperábase una fiesta,
Fiesta entre ellos nunca usada,
Que mantiene Reduan
Por una dama cristiana.
Cristiana trae la divisa,
Y de cristiano las armas,
Y en la tarjeta este mote :
« Mi ley dejo , y aun no basta. »
Rompió luego este silencio
Un moro Cegri , que entraba
Tan libre , que del amor
Yelo es siempre de su dama :
Traía en un pardo arnes
Mil viboras esmaltadas,
Y él entre todas desnudo,
Royéndole las entrañas.
Las damas de piadosas
La mano le dan , y sacan,
Y él la suya buyendo , dice :
« Mas el remedio me daña. »
Traía las armas verdes,
Verde el escudo y la adarga,
Diciendo : « Corta es la vida
» Para tan larga esperanza. »
De plumas grabó un arnes,
Que el viento las arrebata,
Y esta letra : « Nadie fie
» De plumas ni de palabras. »
De dos mil aventureros
Se pobló toda la plaza,
Cuyos motes no leí
Por verles jugar las cañas.

(Romancero general.)

241.

JUEGO DE CAÑAS. — II.

(Anónimo.)

Cubierta de seda y oro,
Y guarnecida de damas,
Está la plaza de Gelves,
Sus terrados y ventanas,
Con la flor de moros nobles
De Sevilla y de Granada ;
Que como el trato es de amores
Los cubre de orin las armas.
Gente es que tienen los reyes
De ambos reinos alistada,
Para hacer contra cristianos
Una presa de importancia.
Ya pues lidiados los toros,
Y hechas ya suertes gallardas
De garrochas y bajillas,
De rejonas y de lanzas,
Placenteros se aperciben
A hacer un juego de cañas,
Al son de sus tamborines
Y clarines y dulzainas.
Después que mudado hubieron
Los caballos de la entrada,
Y publicadas sus quejas
En motes , cifras y galas,
En contrapuestos partidos
Por cuatro puestos cruzaban,

Que de dos en dos cuadrillas
Han de jugar cara á cara.
Los primeros que pusieron
Los caballos en la plaza,
Fuéron el bravo Almadán,
Y Azarque , señor de Ocaña,
El uno amante de Armida,
Y el otro de Celindaja,
Contra los cuales salió
De la cuadrilla contraria
El animoso Gazul,
El desdenado de Zaida,
Y el esposo de Jarifa,
La hija del moro Audalla.
De la cuadrilla tercera
La delantera llevaba
Lasimali Escandalife
El gobernador de Alhama,
Y Mahomad Bencerraje,
Valiente moro de fama,
Alcaide de los Donceles
Y virey del Alpujarra,
Que de dos damas Cegriés
Son esclavas sus dos almas
Contra los cuales furiosa
Salió la cuadrilla cuarta.
Llevaban la delantera,
Con gentil donaire y gracia,
Benzulema el de Jaén
Y el corregidor de Baza,
Que sirven en competencia
A la hermosa Felisalva,
La hija de Boazan,
Y prima de Guadalará :
Mas como tiene la gente,
Que aguardándoles estaba,
En tormenta los deseos
Y los ánimos en calma ;
Enclavados en las sillas
Y abrazadas la adargas,
Los unos contra los otros
A un tiempo pican y arrancan,
Y trabando el bravo juego,
(Que mas parecia batalla,
Donde con destreza mucha
Allí algunos se señalan)
Los unos pasan y cruzan,
Los otros cruzan y pasan,
Desembrazan y revuelven,
Revuelven y desembrazan :
Cuidadosos se acometen,
Se cubren y se reparan,
Por no ser en sus descuidos
Paraninfos de sus faltas ;
Que es desdichada la suerte
Para aquel que mal se adarga
Que las cañas son bohordos,
Y los brazos son bombardas.
Mas como siempre sucede
En las fiestas de importancia,
Tras un general contento
Un azar y una desgracia,
Sucedió al bravo Almadán,
Que contra Zaida jugaba,
Que al arrancar de sus puestos
Cebado en mirar su dama,
Por tirar tarde un bohordo
Tomó la carrera larga,
Y fuera á parar la vegua
Donde la vista paraba,
Tan léjos de su cuadrilla
Que cuando quiso cobralla,
No pudo encubrir la sobra
Ni pudo suplir la falta,
Y sus vencidos amigos
En cuyo favor jugaba,
Le dejaron envidiosos
Del bien por quien los dejaba ;
Pues fingiendo que no entienden

Las voces que el moro daba,
Dicen á sus compañeros :
Caballero , adarga , adarga ;
Y partiéndose revuelven
Con su cuadrilla cerrada.
Corrido el moro valiente
De una burla tan pesada,
Los ojos como dos fuegos,
Y el rostro como una gualda,
Calóse el turbante airado
Y empuña una cimitarra.
Haciendo para su yegua
De dos espuelas dos alas,
Furioso los acomete,
Los atropella y baraja.
La gente se alborotó,
Y las damas se desmayan ;
Ya vierten sangre las burlas
Y en la plaza se derrama.
No queda moro en barrera,
Ni ha quedado alfanje en vaina ;
Almas y suspiros lloran
Y los brazos no se cansan.
La noche se puso en medio,
Con la sombra de su cara
Puso treguas al trabajo
Y límite á la venganza.
Y en tanto que por derecho
Se justifica su causa,
Tomó el camino de Ronda
Con seis amigos de guarda.

(Romancero general.)

ROMANCES DEL ASALTO DE BAZA.

242.

ASALTO DE BAZA ¹.

(Anónimo.)

Arriba , gritaban todos
Los que dan asalto á Baza,
Con el valiente Lisardo
Que con mil moros la asalta.
Cuando el pié en la escala pone,
Como amor le mueve el alma,
Por decir viva su Rey,
Dijo al subir de la escala :
« Viva Lisarda , viva ; »
Mas luego vuelve y dice :
« Arriba , arriba. »
Pesa mas su pensamiento
Que el acero de sus armas :
Son mas altas sus memorias
Que las almenas mas altas.
Dió la lengua á su deseo
Como el deseo le manda,
Y dijo á vuelta de aquellos
Que á sus espaldas gritaban :
« Viva Lisarda etc. »
¡ Pero qué mucho que el moro,
Si vive con la esperanza,
De que su Lisarda viva,
Pida que viva Lisarda !
Señal que en el corazon
No hay voz que pueda alcanzalla ;
Con sus ansias sus memorias,
Y así publican sus ansias ;
« Viva Lisarda etc. »
Como era viva la voz,
Pensó que al cielo llegaba,
Al cielo de la que adora,
Que por su cielo la llama :
Piensa que á Lisarda aspira,
Y no que asaltaba á Baza,
Y en medio de esta victoria
Así publica en voz alta :
« Viva Lisarda , etc. »

(Romancero general.)

¹ No se pone entre los históricos por ser enteramente novelesco.

ROMANCE DE LA BATALLA ENTRE UN MORO Y UN CRISTIANO.

243.

BATALLA ENTRE UN MORO Y UN CRISTIANO¹.

(Anónimo.)

A vista de los dos reyes,
Isabel y Don Fernando,
Puesto á Granada cerco,
Sale un moro y un cristiano.
El moro arrogante y fiero,
Furioso y determinado,
Y en el adarga este mote:
«Todo lo allana mi brazo.»
Pues el cristiano animoso
No sale ménos lozano,
Que es mancebo y floreciente,
Y de nacion lusitano.
Muestra bien en su apostura
Su esfuerzo, valor y estado,
Y en un retrato que lleva,
El principio de su daño.
Con arrogancia y denuedo
El moro le habló al cristiano,
Diciendo:—Saber quisiera
De qué rey eres vasallo,
Porque en solo haberte visto
Te estoy tan aficionado,
Que por sola tu amistad
Casi me hiciera cristiano.—
No quiso el aventurero
Dejar de ser cortesano,
Y dicele al moro:—Soy
De la nacion lusitano,
Y del rey Don Juan Segundo
Soy y seré su vasallo.
Soy Don Francisco de Almeida,
En mi patria bien nombrado,
Y codicioso de honra,
La quietud menospreciando,

Vine á servir á los Reyes
Isabel y Don Fernando.—
—Agora digo que eres
De algun linaje villano,
Y que por no ser cual muestras
Te has venido desterrado;
Pues dejas tu propio rey
Por servir al que es extraño,
Que si por honra lo haces,
En Africa tiene campo.—
—No quisiera responder
A tus razones, pagano;
Y si doy respuesta, es
Por dar á tu yerro el pago.—
Apártase el sarraceno,
Y tambien el lusitano,
Para tomar de la vega
Lo que les es necesario;
Y cual hambrientos leones
Vuelven lijeros picando
Los acicates aprisa,
Y las lanzas enristrando.
El cristiano quitó al moro
De la cabeza el tocado,
Y el moro dió en el escudo
Descomponiendo el retrato,
Que fué causa que volvió
El gallardo lusitano
Tan presto, y furioso al moro,
Que ántes de ser amparado,
Con la adarga le partió
El hombro y derecho brazo;
Y cortando la cabeza
La llevó al rey Don Fernando,
El cual se lo tuvo en mucho,
Y dijo:—Hidalgo honrado,
Pedid cumplidas mercedes,
Que todo os será otorgado.—

(Romancero general.)

¹ Pudiera este romance haberse colocado entre los históricos de la época de los Reyes Católicos.SECCION DE ROMANCES MORISCOS SATIRICOS, JOCOSOS Y BURLESCOS¹.

244.

CONTRA LA MANÍA DE ADOPTAR NOMBRES DE MOROS
POR LOS POETAS.—I.

(Anónimo.)

Tanta Zaida y Adalifa,
Tanta Draguta y Daraja,
Tanto Azarque y tanto Adulce,
Tanto Gazul y Abenámar;
Tanto alquicer y marlota,
Tanto almaizar y almalafa,
Tantas empresas y plumas,
Tantas cifras y medallas;
Tanta roperia mora,
Y en banderillas y adargas
Tanto mote y tantas motas,
¡Muera yo si no me cansan!
¡Oh rubio galán de aquella
Que sus brazos trocó en ramas,
Porque no fuesen los tuyos
Prision de su imagen casta!
Oh Parnaso, sacro monte!
Oh Aganipe, fuente sacra!
Oh Pegaso que nos diste
Con tu pié coplas en agua!
¡Hijas de Júpiter sumo,
Y de Memoria su amada,
Nueve soberanas Musas
De cien mil necios mesadas,

Ved que vuestros adivinos
En arábigo trasladan
El zumaque de sus chollas,
Y el comienzo de sus cartas!
Renegaron de su ley
Los romancistas de España,
Y ofrecieron á Mahoma
Las primicias de sus gracias.
Dejaron los graves hechos
De su vencedora patria,
Y mendigan de la ajena
Invenciones y patrañas.
Los Ordoños, los Bermudos,
Las Rasuras y Mudarras,
Los Alfonsos, los Enricos,
Los Sanchos, y los de Lara,
¿Qué es de ellos? ¿y qué es del Cid?
¡Tanto olvido á gloria tanta!
¡Ninguna pluma las vuela?
Ninguna Musa las canta?
¡Justicia, Apolo, justicia!
Vengadores rayos lanza
Contra poetas moriscos
Que la tu deidad profanan,
Y aun á la nobleza altiva
Satirizan y disfrazan,
Haciendo infame al famoso,
Y á la temerosa osada.
Dales calambre en sus diestras,
Y á sus voces dales asma;

Derrámales los tinteros,
Pues la honra te derraman:
A los endecheros veda,
Por cuyos ojos echa agua
El niño Amor, y su madre
Cebollas pica en sus caras.
Manda que quien no traduzga
Graves odas ó epigramas,
Que en los gramáticos sotos
La pedante yerba pazca,
Y que el papel no encarezca
Por desprecio de su dama,
Mas conocida que ruda,
Y mas que nariz sonada:
Y á los que del néctar tuyo
Les das con divina taza,
Que á nuestra España no olviden,
Por quien eres les encarga.
Aficiónense los niños
A contar proezas altas,
Los mancebos á hacellas,
Los viejos á aconsejallas.
Buen Conde Fernan-Gonzalez
Por el val de las Estacas,
Nuñovero, Nuñovero,
Viejos son, pero no cansan.
Al fin, por merced te pido
Que vedes las moras zambras,
Y que á metrizantes legos
Les des por laureles cañas.

(Romancero general.)

¹ En esta seccion se trata de ridiculizar la excesiva manía de formar cuadros de costumbres moras, olvidándose de la severidad de la vieja poesia castellana. ¡Vanos esfuerzos! Nuestra poesia y nuestros hábitos, convertidos en segunda naturaleza, habian tomado ya un giro oriental que no han podido olvidar nunca, y de que aun en el día participan. Los romances moriscos serán siempre una prueba de las mas inmediatas de aquella parte de la civilizacion árabe que inoculada con la nuestra constituyó la poesia española, y del carácter especial que en el siglo XVI empezó á tomar, y siguió despues.

245.

AL MISMO ASUNTO.—II.

(Anónimo.)

¡Ah! mis señores poetas,
Descúbranse ya esas caras,
Desnúdense aquellos moros,
Y acábense ya esas zambras:
Váyase con Dios Gazul,
Lleve el diablo á Celindaja,
Y vuelvan esas marlotas
A quien se las dió prestadas,
Que quiere Doña María
Ver bailar á Doña Juana
Una Gallarda española,
Que no hay danza mas gallarda;
Y Don Pedro y Don Rodrigo
Vestir otras mas galanas,
Ver quien son estos danzantes,
Y conocer estas damas;
Y el señor alcaide quiere
Saber quien es Abenamar,
Estos Cegries, Aliatares,
Adulces, Zaides y Audallas;
Y de qué repartimiento
Son Celinda y Guadalará,
Estos moros y estas moras
Que en todas las bodas danzan;
Y por hablarles mas claro,
Así tengan buena Pascua,
¡Ha venido á su noticia
Que hay cristianos en España?
¿Quiéren que diga el hereje
Que en nuestra fe sacrosanta,
De los nombres de la pila
Se nos sigue alguna infamia?
¿Saben si alguna nacion

T. X.

Persa, scita, ú otomana,
A nuestros nombres celebran,
Y cantan nuestras hazañas?
Si dicen que no lo ignoran,
¿Por qué las cuentan y cantan
En nombre de los moriscos,
Abatiendo nuestras lanzas,
Y cubren nuestras naciones
De alquiceles y almalafas,
Y mil falsos testimonios
A los moriscos levantan?
¿Están Fatima y Jarifa
Vendiendo higos y pasas,
Y cuenta Lagarto Hernandez
Que danzan en el Alhambra!
¿Estanse los Aliatares
Tejiendo seras de palma,
Y Almadan sembrando coles,
Y levántanles que rabian!
¿Viene Arbolan todo el día
De cavar cien aranzadas,
Por un puñado de harina
Y una tarja horadada,
Y viene otro deliciente,
Y sácale á la otra mañana
A la gineta, y vestido
De verde y flores de plata!
¿Y al Cegri, que con dos asnos
De echar agua no se cansa,
El otro disciplinante
Pintale rompiendo lanzas!
¿Hace Muza sus buñuelos;
Dice el otro, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas!
¿Los de la Santa Hermandad,
Por delitos que otros hagan,
Os saquen, samaritanos,
A virotazos el alma!
¿Dejais un fuerte Bernardo,
Vivo honor de nuestra España,
Asombro de la morisma,
Temor general de Francia:
Dejais un Cid campeador,
Un Diego Ordoñez de Lara;
Un valiente Arias Gonzalo,
Y un famoso Rodrigo Arias;
Y á aquellos héroes famosos,
Dignos de gloriosa fama,
Que eternizó sus memorias
La conquista de Granada,
Y celebrais chusmas moras
Vuestros cantos de cigarra,
Hechos pobres mendigantes,
Del Albaicin á la Alhambra!
Si importa celar los nombres,
¿Por qué lo impiden las causas?
¿Por qué no vais á buscarlos
A las selvas y cabañas,
A las banderas francesas,
O á las legiones romanas,
A Cartago ó á Sagunto,
O á la felice Numancia?
¿Mas dó vueias, pluma mia!
Tente, que vas desmandada;
Que haces mal en condenar
Invencibles ignorancias.

(Romancero general.)

246.

AL MISMO ASUNTO.—III¹.

¿Por qué, señores poetas,
No volveis por vuestra fama;
Pues en comun vuestras obras
Yo no sé quién os las mancha?
¿Mal parece que esteis mudos
Cuando inocentes os llaman,
Y acudiendo á las demas

9